

Últimos días de Cartago

II

Tan animada decoración cambió súbitamente en la noche del 12 al 13 de abril. Los violentos y repetidos temblores que se iniciaron aquella noche á las 12 y 37 y que tanta alarma produjeron en la capital y en todas las poblaciones del interior, hicieron mucho daño á los barrios de Los Angeles, Hervidero, Tejar y Tobosi. La ciudad relativamente no sufrió mucho, pues los mayores desperfectos apenas eran visibles en las cornisas y en el ático de algunos edificios; en el derrumbamiento de un artístico grupo en concreto, que representaba el escudo de San Francisco, obra del escultor cartaginés don Juan Ramón Bonilla, colocada en la parte posterior del Convento de los Capuchinos; en el desplome de algunas torres y paredes; en las grietas longitudinales ó en forma de X, que presentaban bastantes casas, y en el deslizamiento de la generalidad de los tejados, que dejaron los caballetes al descubierto.

El temblor que el 13 de abril sobrevino á la 1 y 5 a. m., con dirección NO. á SE. y de 18 segundos de duración, por su intensidad y sus efectos fué un verdadero terremoto, cuyos mayores estragos se hicieron sentir en los principales edificios públicos de la capital.

Desde aquel día el comercio se paralizó, lo mismo que la agricultura; las escuelas y colegios suspendieron sus tareas; los trabajos públicos de macadamización de calles, terminación de los grandes estanques purificadores de las cloacas, construcción de pabellones del nuevo Hospital, reparaciones interiores de algunos templos, preparativos para la colocación del techo de la Parroquia, ensanche de los talleres del Hospicio de Huérfanos y ornamentación del suntuoso Palacio de la Paz, todo quedó interrumpido. Muchas familias extranjeras que estaban de temporada, emigraron en seguida, y no se volvió á ver más que grupos de mujeres y niños con la intranquilidad dibujada en los semblantes, haciendo tertulia en las aceras, en los corre-

dores, en las plazas y en los solares, y patrullas de hombres acarreado materiales, improvisando viviendas en aquellos sitios de menor peligro y trasegando ropas y trastos.

Nadie volvió á dormir dentro de su casa, sino bajo pabellones ó en chozas de madera, en carretas cubiertas, junto á las cercas, ó bajo cuatro palos apoyados en estacas y cubiertos con hierro acanalado, con un cuero, con hojas de plátano ó de caña, ó con un retazo de tela de cáñamo; todo, según las posibilidades de cada cual, en el centro de la población y en los suburbios.

En la capital había verdadero pánico, debido á los muchos edificios de dos pisos, al mal estado de muchas casas, á la estrechez de las calles y á lo compacto de la población.

La Junta de Socorros, que por disposición oficial comenzó á fungir en seguida, dedicó de preferencia su atención á San José, que parecía ser la ciudad más damnificada, y allí se distribuyeron bastantes materiales de construcción y alimentos para los necesitados.

La Compañía del Ferrocarril envió á Cartago unos veinte carros de carga, que fueron cedidos por la Comandancia de Plaza á algunas familias que no habían podido conseguir tiendas de campaña. A mí me tocó el vagón número 764, y aunque estaba lleno de basuras y despedía mal olor, después de desinfectado lo preferí á las carretas incómodas en que había tenido que pasar dos noches con mi familia, en el centro de una plaza.

La estación lluviosa se inició en la tarde del 15 con un regular aguacero, después de un día muy caluroso, y esto empeoró la situación de todos, y particularmente la de los pobres, que dormían casi á la intemperie. Como los tejados, que poco antes ostentaban macollas de guarias florecidas, se habían escurrido, el agua hizo nuevos daños y acabó de falsear muchas paredes.

Los templos permanecían cerrados, con excepción de El Carmen y La Soledad.

que parecían estar buenos. Por las tardes los Padres Salesianos abrían su capilla, que hasta entonces no presentaba ninguna avería, y celebraban con los huérfanos sus oficios religiosos, á que concurrían bastantes vecinos de El Molino. El ruido del martillo se oía constantemente clavando planchas de hierro acanalado ó armazones de madera. La banda militar había dejado de dar conciertos en el kiosko del Parque Central, porque en él se había instalado el señor Magistrado de Honduras, Dr. Alberto Uclés, con su familia y varias otras de Cartago.

En todo lo restante del mes de abril no cesó de temblar con más ó menos frecuencia, duración é intensidad. Ciertas precipitaciones ó golpes instantáneos, que hacían crujir de un modo raro las vidrieras y artesonados, y que visiblemente aumentaban cada día las hendiduras y el desplome de multitud de habitaciones, hacían más desconsoladora la situación. Las observaciones sismográficas del Colegio de San Luis Gonzaga, marcaban una dirección dominante de NW. á SE., como de Ochomogo al Paraíso, sin que también dejaran de notarse ondas transmitidas en otras direcciones.

El estado de ánimo de muchas personas ó el prurito de alarmar, hizo que se mezclaran las noticias de fenómenos ciertos con los de otros puramente imaginarios. Algunos agricultores que araban en el bajo de Quercua, hacia el Norte de la Quebrada del Fierro, notaron que el arado se hundía hasta la esteva en varios sitios, porque el suelo estaba muy removido y agrietado; vecinos del Tablón y de Tobosi avisaron al Gobernador que los ríos y manantiales de aquella localidad habían crecido de un momento á otro y tomado un color lechoso, que bien podría provenir de los derrumbes que obstruyeran los cauces ó de arcillas grises removidas en el fondo. Varios pobladores de Tierra Blanca anunciaron que el volcán Irazú presentaba gran actividad en el cráter nuevo, situado en el descenso de la cordillera, hacia el lado Norte, y del cual se ha venido hablando bastante desde 1889, en que se comenzó á explorar por una comisión oficial. Del Paraíso dijeron que en el cerro de Santa Lucía, al Este de dicha villa, había aparecido un cráter y que se oían grandes ruidos subterráneos; esta noticia fué desmentida por don Anastasio Alfaro, que fué en per-

sona á visitar aquella región. Del barrio de San Francisco, vino la nueva de que las aguas termales se habían interrumpido, cosa que si no sucedió entonces, si se verificó algunos días después, sin duda por la conmoción subterránea que debe haber quebrado las capas minerales y obstruido los conductos por donde las aguas salían á la superficie. Otros afirmaban que en las inmediaciones del volcán Turrialba se habían hundido algunos terrenos con todo y ganados, lo cual no era cierto; y que en las cordilleras del Sur se advertían algunas depresiones, hecho que tampoco era fácil de comprobar por la carencia de observaciones científicas anteriores á la crisis actual. Pero, en resumen, todos estos decires conspiraban á un mismo fin: aumentar el sobresalto y hacer más general el público malestar.

Ninguna distracción venía á cambiar aquella situación angustiosa, y únicamente en las últimas tardes de abril y primeras de mayo, muy nubladas y frías, una compañía de preferencia, formada por jóvenes de sociedad, que se ensayaba para hacerle los honores militares el 8 de mayo al nuevo Presidente, Licenciado don Ricardo Jiménez O., atraía grupos de curiosos á la Plaza Nueva.

La monotonía comenzaba á hacerse insoportable, principalmente por la noche. Al oscurecer, numerosas familias de todas condiciones cruzaban calles y plazas, con los de ropa, cestas de provisiones ú otros preparativos para pernoctar en las improvisadas barracas, que daban á la ciudad el aspecto de un aduar. Una ó dos horas más tarde, ya no había establecimientos abiertos, las calles estaban solitarias, las puertas y ventanas atrancadas, el interior de las habitaciones sin luz, por temor á los incendios, todo en un silencio sepulcral, interrumpido á veces por las estrepitosas risas de los que se entretenían en algunos corrillos, refiriendo cuentos alegres, ó por los rezos de las personas devotas, que elevaban en coro sus oraciones á Dios.

La policía, reforzada con algunos jóvenes voluntarios, rondaba con actividad, y de cuando en cuando hacía disparos para atemorizar á algunos malhechores, que pretendían saquear las habitaciones desamparadas, y que más tarde pusieron en práctica sus criminales instintos, cuando para ellos llegó la hora propicia, porque, como dice un célebre pensador, «la desgracia tiene

el singular privilegio de *empeorar* á los que no vuelve *mejores*.»

Como los temblores, aunque frecuentes, no causaban nuevos daños, muchas personas se fueron familiarizando con aquella prolongada y crítica situación, y otras, aburridas de aquella vida incómoda y anti-higiénica en un lugar tan brumoso y frío, por la gran altura á que se encuentra sobre el nivel del mar, ó enfermas por la humedad y la alteración de su régimen diario, se atrevieron desde los últimos días de abril á dormir con ciertas precauciones dentro de sus casas, no obstante que el Ingeniero Municipal, don Ramón Picado, había señalado exteriormente con una cruz amarilla, los edificios públicos y particulares que amenazaban ruina.

Efectos opuestos

De choques moleculares

Por Gustavo Michaud

Traducción del *Scientific American* de 15 de Junio 1910
para *Página Ilustrada*.

He aquí un curioso experimento en el cual, transformaciones del movimiento mecánico en trabajo físico y químico, suministran dos resultados diametralmente opuestos.

En un tubo de ensayos se funden unos gramos de salol, cuidando de que ningún cristal se adhiera al tubo arriba del líquido. Luego se deja el salol enfriarse; queda líquido algunas veces por más de una hora. Exceptuando quizás el metal galio, no hay sustancia que permanezca más tiempo en surfusión al aire libre.

En otro tubo de ensayos se deposita una capa de alcanfor sobre una capa de hidrato de cloral, ambos cuerpos en polvo. Luego se sacuden ambos tubos con fuerza.

Terminada esta operación, se nota que ha habido aparentemente un cambio de contenido entre los dos tubos. El que contenía un sólido blanco, contiene ahora un líquido transparente, y el que contenía un líquido transparente, contiene ahora un sólido blanco.

La causa de la liquidificación de los dos sólidos mezclados es de naturaleza química, mientras que la causa de la solidificación del salol es naturalmente de orden físico. No parece consistir ésta, sin embargo, en la caída de cristales microscópicos bajo la influencia de las sacudidas. El líquido puede hacerse correr sobre las paredes del tubo sin solidificarse si éste se ha llenado con cuidado. Por otra parte, sacudidas fuertes y prolongadas siempre determinan la cristalización.